

ciología étnica. Por ello las leyes psicológicas son más simples, más precisas; deben considerarse esquemas del *modus operandi* del pensamiento de cada hombre, y no fórmulas del efecto de ese pensamiento sobre las sociedades. En las llamadas «leyes psicológicas» de Wundt, no sólo en su segunda categoría «leyes de relación» (*Entwicklungsgezetze*), si bien en la primera (*Beziehungsgezetze*), domina la idea-madre de esos efectos sobre el medio ambiente. Esto no corresponde á la psicología, por más que á veces pueda medir la naturaleza de los fenómenos psíquicos por sus efectos... Las leyes de Wundt, pues, no son propiamente psicológicas, sino principios morales ó sociales extraídos de la psicología. No hallo admisibles más leyes psicológicas que las tres expuestas en el capítulo V, y, como su consecuencia, la *ley de aspirabilidad* del capítulo presente, de la cual la tercera ley de Wundt es simplemente su forma social ú objetiva.

CAPÍTULO XVIII

Teoremas de la Verdad, el Bien y la Belleza.

TEOREMA DE LA VERDAD MORAL.—*En el orden moral no existe la verdad absoluta, ó, por lo menos, en razón de la insuficiencia de nuestra psiquis, nunca nos será dado conocerla: es una aspiración subjetiva no una realidad objetiva.*

En el orden físico, la verdad se presenta á nuestros sentidos como irreductible y perfecta. El mármol es una substancia sólida y pesada en las percepciones de todos los hombres, de todos los pueblos y de todos los tiempos. Basada la inteligencia humana en esa experimentación de los sentidos sobre lo físico, y en alas de su aspiración de progreso, la ha aplicado á lo moral, *inventando*, como el vidrio y la pólvora, la noción de la verdad *absoluta*. Inventada la noción de la existencia de una verdad absoluta, inmediatamente la ha aplicado á los dogmas religiosos. ¿Qué más alto, qué más absoluto, qué más *verdadero* que las religiones? El hombre es un animal que aspira. Aspirar es tender hacia lo infinito. Lo infinito es, en su mente, Dios. Dios es la religión. Ergo: el hombre es un animal religioso.

Podrá existir una verdad *absoluta*, si en ello se

empeñan los taumaturgos; pero nuestra *relatividad*, nuestra *relativa* capacidad humana, no conseguirá abarcarla jamás. Cuando cree abarcarla, ello es simplemente un fenómeno de espejismo de nuestra vanidad. Lo infinito no cabe dentro de lo finito de nuestras «representaciones» (*Vorstellungen*). La noción de verdad *absoluta* es un *derivado* de la aspiración al infinito.

Debemos, pues, contentarnos con poseer, en el orden moral, una verdad *relativa*.

PRIMER COROLARIO.—*En el orden moral, toda verdad es relativa al sujeto, al medio y al momento.*

Cada hombre, cada pueblo y cada época, se construyen, para satisfacer sus necesidades, una ética, que es verdad, en cuanto no discrepa con la época, el pueblo y el hombre.

De ahí que deba considerarse verdad *cualquier creencia sincera*. (Sincera: inspirada por las necesidades de la época, del pueblo y del hombre que *la siente*; porque la creencia más se siente que se piensa.) Aunque todos los hombres de pensamiento original (léase sincero) hayan querido y creído monopolizar la verdad, nadie ha monopolizado la verdad. Pues la verdad moral, por su naturaleza relativa y como lo demuestra la historia, y á diferencia de lo que se descubre en el orden físico, no es monopolizable.

Las verdades del orden físico se descubren; las del orden moral *se inventan*. Aquéllas son siempre preexistentes á su formulación, y serán perdurables; éstas, ni han existido antes de ser formuladas, ni se producirán después de la caducidad de sus fórmulas. Aquéllas son estables; éstas transitorias. En una palabra: aquéllas son absolutas; éstas, relativas al sujeto, el medio y el momento.

SEGUNDO COROLARIO.—*En lo moral, variando las condiciones de sujeto y medio, coexisten verdades contradictorias.*

El teocrático orgullo de los humanistas dogmáticos es, como lo demuestra la experiencia de muchos siglos, el más capital de los efectos de espejismo de la vanidad humana. *Omnia vanitas!* Lo que hoy parece falso, en materia de ética, mañana puede ser verdad: lo que aquí es verdad, puede ser más allá falso... No es cuestión de los «cristales con que se mira»; es cuestión de las cosas que se miran. Cada uno ve las cosas con sus propios ojos, y sólo identificándose á otros, por un poder de abstracción psicológica, puede ver las cosas ajenas con ojos ajenos. Esto es la crítica. Veamos las cosas propias con los ojos propios y las cosas ajenas con los ojos ajenos, si queremos acercarnos, cuanto sea posible, á la verdad moral, que *si* como concepción absoluta

(excluyente) es imaginaria, como concepción relativa es tanto *ó más* real que la realidad del orden físico. «Quiero ampliar mi Yo, hasta hacer de mi Yo tu Yo», es la gran enmienda de Schelling sobre el idealismo de Fichte. Los sentidos, que son imperfectos, se suelen engañar con las apariencias del orden físico; la inteligencia, depurada y elevada á un máximum crítico é ideal de abstracción, inducción, deducción y generalización, no puede engañarse con esas vanas apariencias. La inteligencia es lo más absoluto, ó lo menos in-absoluto, si se quiere, que hay en la relatividad humana. *Cogito, ergo sum.* Soy porque pienso, y no porque veo, ó porque palpo, ó porque oigo... No era tan equivocada la teosofía de la Renunciación de los hindus cuando querían llegar á lo absoluto por la abstracción de la inteligencia; cuando querían identificarse á la suma inteligencia de la divinidad por el Conocimiento. ¿No es esto mismo, despojando la ficción de su bello simbolismo infantil, lo que pretenden los grandes metafísicos alemanes de las edades modernas?

Ningún aforismo más profundo que aquel de Bacon que hoy más indigna á los filosofastros: «Poca ciencia lleva á la incredulidad; mucha ciencia á la fe.» Tal es la naturaleza humana. El conocimiento superficial de sí misma la vuelve desconfiada; un amplio conocimiento de sí misma la torna crédula...

No es por ignorancia, sino porque poseo una imaginación disciplinada en muy varios estudios, por lo que creo en la posibilidad de muchos «milagros» del Cristianismo. Si mañana un testigo ocular me dijese: «He visto un faquir que ha pasado cien días en éxtasis, de pie, sin tomar reposo ni alimento, la dilatada pupila fija en lo alto, los descarnados brazos extendidos hacia el Oriente... De pronto, todos sus nervios se poseionan de *un algo* inusitado, enigmático, terrible. Su cara de asceta es una máscara sobrehumana. Su mirada parece la de una serpiente que fascina el firmamento. ¡El firmamento es su presa! Sus manos, que se dirían firmes y trémulas, desenvuelven lenta, lentísimamente, una larga cuerda de cáñamo enroscada en su cintura. Con ademanes que tienen algo de la blandura felina, casi imperceptibles, como si no interrumpieran la inmovilidad estática, lanza de súbito la cuerda hacia el espacio... La cuerda queda rígida en el aire, contra todas las leyes físicas, como si fuera un barrote de hierro sujeto por sus extremidades. Y el faquir, abstraído de cuanto lo rodea, fijos los ojos de vidrio de su máscara de carne en el espacio, se sube por ella fácilmente á pulso, á pesar de su ancianidad y su debilidad de interminables ayunos. Una vez llegado á una altura maravillosa, se desprende de la cuerda, que cae al suelo, de nuevo flexible y pesada, y su figura se pierde,

radiosa, vagando como un astro por el espacio... ¡Yo lo he visto, lo he visto!» A este testimonio yo le respondería simplemente: «Es verdad.» Mi criado, en cambio, que es el hombre más analfabeto que he conocido, creería, si el testigo ocular se lo contase, que el testigo quería burlarse de su ignorancia. El sacristán de la iglesia de mi parroquia, que es un pobre de espíritu, reputaría la narración un invento del demonio. Negaría también el cura, que es muy versado en teología. Es que el criado, el sacristán y el cura son, cada cual á su modo, *escépticos*. El criado no cree más que en lo que ve, oye, palpa y gusta; yo pienso que no cree más que en lo que come. El sacristán, más que en lo que le ha enseñado el cura; el cura, más que en lo que ha aprendido en los Santos Padres. Pero lo que come mi sirviente, lo que el cura ha enseñado al sacristán de la iglesia de mi parroquia, y aun lo mucho que el cura mismo ha aprendido en sus teólogos, no es *toda* la verdad. Apenas si representa una millonésima parte de la verdad. Quedan novecientas noventa y nueve mil novecientas noventa y nueve millonésimas partes en que no cree ninguno de los tres. Pues yo soy mucho menos escéptico que ellos, porque creo en la millonésima parte de la verdad en que ellos creen, y creo en las novecientas noventa y nueve mil novecientas noventa y nueve millonésimas partes que so-

bran, y que ellos, imprudente y soberbiamente, niegan.

Se me dirá que creer en todo es no creer en nada. Que yo no creo de la misma manera que mi criado, mi sacristán y mi cura; que soy más «escéptico» que ellos... Según. Yo creo en todo lo que es verdad. Y si halláis en esto, señores lectores, una petición de principios, os diré que: «Creo que todo lo que *debe ser* verdad, es verdad. Que todo lo que es sincero, lo que responde á nuestras necesidades psico-físicas, es verdad.» Pero yo no creo en lo que es farsa, fingimiento, impostura, hipocresía... En una palabra: no creo en lo que es mentira. Si el próximo domingo, cuando yo vuelva de misa, mi cura, mi sacristán y mi criado me dijeran: «No hay más que un Dios, Alá, y Mahoma es su Profeta», yo les respondería: «Mentís, bellacos.» Mas si un eremita que ha vivido treinta años en una caverna de la Arabia Pétreá, usando por almohada, en sus noches de insomnio, un «Al Koran» de tapas de madera, me increpase así: «No hay más que un Dios, Alá, y Mahoma es su profeta», yo le contestaría: «Así sea. Con la verdad que mana á raudales de vuestros labios, oh santo varón, purifícad mi corazón de infiel.»

Soy, pues, infinitamente crédulo; y ser infinitamente crédulo es todo, todo lo contrario de ser infinitamente escéptico. Si la aspiración del hom-

bre hacia el ideal es infinita, y en alas de esa aspiración él *inventa* cada día nuevas verdades, que tienden hacia un infinito perfeccionamiento, ¿cómo no ser infinitamente crédulo? Mi caso, mi contextura intelectual, es, por ello, bien diversa de la de mi criado, que sólo cree en lo que come; y la de mi sacristán, que sólo cree en lo que siente; y aun la de mi cura, que sólo cree en lo que siente y piensa su teologal señoría. Yo no creo sólo en lo que como, siento y pienso, sino también en lo que los demás piensan, sienten y comen. Mi criterio es más grande; pero mi orgullo es más pequeño. Recuerdo con más frecuencia que ellos que, aunque yo no conozca el mundo más que por mis sensaciones, mis representaciones y mi voluntad, no soy el centro del mundo. ¡Lástima grande que no sepamos cuál es la noción de la verdad que poseen los habitantes de Marte ó de Saturno, ó siquiera la que albergan los oscuros cráneos de las sabandijas que anidan en el hondo fango de la tierra! Con todo, imagínome muy bien que, para el ratón hambriento que roe un queso, la verdad debe circunscribirse á la esfera del queso. La despensa, los despenseros, la quesería donde se fabricara el queso, las vacas que dieron la leche para que se compusiera el queso, el ameno valle, el sol que bañó la piel manchada del rebaño, todo debe ser, para el ratón, mentira. Si alguien se lo contara,

contestaría que son ridículas fantasías de teósofos, teólogos, y metafísicos. Y los hombres, como el ratón, no creen, en general, más que en las substancias que alimentan su cuerpo y su espíritu...

TEOREMA DEL BIEN.—*El hombre ha inventado la noción del Bien para sus personales satisfacciones.*

El hombre necesita para *poder* vivir, según las investigaciones más recientes de la psico-fisiología, y pese á las jeremiadas románticas de los pesimistas, una compensación entre el dolor y el placer, *favorable al placer*. El desequilibrio desfavorable al placer que no sea pasajero y de fácil reacción, sólo es posible en estados patológicos (en lo físico ó en lo moral), de los cuales resulta inminente, tarde ó temprano, la muerte. Todas las facultades humanas tienden consciente ó subconscientemente hacia el fin ideal de la felicidad perfecta. No para conseguirlo, lo cual no es posible en este mundo, sino para equilibrar lo más favorablemente que se pueda un máximo de placer con un mínimo de dolor. Quien quiere lo más, puede lo menos.

Los incentivos de las acciones humanas son: el hambre, para la conservación del individuo; el amor, para la conservación de la especie, y la aspiración hacia el perfeccionamiento, para el pro-

greso. Cuya aspiración, por la superior potencia de las facultades humanas es, á diferencia de los animales, nada más que un complemento *divino* para luchar por la vida del individuo y de la especie. Por ello se dice en el Génesis que Dios hizo el hombre á su imagen... ¿Qué es Dios, en la imaginación de los hombres, sino la aspiración de lo absoluto (*causa sui*)? Sin remontarse á la aristocrática concepción del conocimiento de la teosofía hindu, Jesús lo dijo en el divino sermón de la montaña de una manera admirablemente *democrática*, ó sea comprensible para las más humildes inteligencias de sus oyentes, pescadores y mendigos (*San Mateo*, V, 47): «Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.»

En todos los idiomas ha habido siempre un término *preciso* que se llama «bien» (ó lo «bueno»); y en todos los tiempos y lugares, dando á ese término unas veces esta y otras aquella acepción, el sumo fin del hombre, pese á minorías de «hombres de mala voluntad», ha sido el «bien». Pero ¿dónde está el «bien»? Yo creo que por diversos que hayan sido los conceptos del «bien» á través del tiempo y del espacio, el psicólogo encuentra fácilmente una línea de estrecho parentesco entre todos esos conceptos... Entonces, ¿qué es el «bien»? El «bien», se ha dicho con profundo acierto, es lo que es moral y físicamente *útil* al

hombre. Pero ¿qué es lo que es *útil* al hombre? «Lo que le pueda procurar, enséñalo Sócrates, una vida agradable y sin dolor» (1). El «bien» es, por lo tanto, según deduzco de la historia, la salud, la virtud, la salvación (beatitud), la riqueza. Luego, podría sintetizar mi pensamiento en esta doble fórmula: *el «bien» es unilateral, pero se presenta á los hombres, según las edades y los pueblos (y hasta los individuos), en distintos objetivos abstractos y absolutos.* Esos objetivos son los ideales de bondad, verdad, belleza, todos emparentados entre sí por un vínculo común y original: la aspiración á lo absoluto, la tendencia fatal hacia el perfeccionamiento, ó sea el progreso. Esos objetivos son, en los individuos, las sociedades y las épocas, ideas-fuerzas.

En que hay algo de *alucinación* en lo absoluto de esos objetivos, convengo. Mas esa *alucinación* que conceptúa panaceas universales éste ó aquél *factor*, no es un capricho del pensamiento. Es una ilusión ó, mejor dicho, una exageración de la intrínseca facultad de aspirar que caracteriza al hombre sobre las bestias, aplicada, en las circunstancias de un momento dado de la historia, á un determinado estado social. Por esto es indis-

(1) Platón: *Protag.*, II, XXI, 136; II, XXXVIII, 180-190.—Xenophonte: *Mem.*, IV, 2, 5.

pensable acudir críticamente á las fuentes prístinas del bien y del mal, á la ética griega y á la ética cristiana, para no alucinarse nunca demasiado; ó mejor dicho, para disecar las *causas reales* de esas semialucinaciones de los grandes teorizadores. Cuyo error consiste en *generalizar*, en alas de ese entusiasmo vanidoso que provoca en un investigar un descubrimiento trascendente, doctrinas sólo parcialmente verdaderas respecto de ciertos hombres y de ciertas épocas. Tal ocurre con el concepto de la historia de Bossuet, cuando aplica un criterio cristiano á sociedades paganas, y de Marx, cuando juzga con un criterio exclusivamente económico tiempos teocráticos.

TEOREMA DE LA BELLEZA.—*Lo bueno y lo bello son un mismo y único fenómeno psico-fisiológico.*
—En lo moral, político y religioso, sólo á criterios miopes escapa el sedimento utilitario del ideal. En lo estético es más fácil engañarse, sobre todo contagiado por prejuicios escolásticos y románticos. Yo creo que el hombre produce la belleza porque la belleza le produce placer. Sin embargo, se calumnia la belleza. «Lo bello, define Kant, es aquello *que gusta* sin que el interés se mezcle...» Pero si nos gusta, ¿no hay placer en ese gusto? Y si hay placer, ¿no tenemos interés en que nos guste? Imaginémonos á Miguel Angel, al

terminar su Moisés, ¿cuál placer mayor que el suyo al decirle: *E parla dunque?* Contemplemos tal ó cual obra de arte, aun las más trágicas... Y no quiero que nos preguntemos si ello nos produce ó no placer, porque nada más trivial que tal pregunta. Entonces, la realización de la belleza produce un placer sumo al artista creador; y su admiración, un placer relativo al artista eunuco, es decir, á la inmensa mayoría de mortales infecundos. Hay gran verdad, entonces, en la definición de Stendhal, cuando nos dice que la belleza es *una promesa de felicidad*. Luego, para Stendhal, como observa Nietzsche, la belleza es, precisamente, *un incentivo de la voluntad* (el interés de una promesa de placer). En cambio, Schopenhauer habla así de la *condición estética*: «Es la ataraxia que Epicuro proclamaba como el soberano bien, de que él hace partícipes á los dioses; en el momento y mientras dura esta condición estamos *libres de la odiosa obligación de querer*, celebramos el reposo del trabajo de la voluntad...» En una palabra: la belleza produce la deliciosa sensación de librarnos pasajeramente del *tormento* de la voluntad... Por lo tanto, la belleza es útil para el placer, útil para la vida.

¿Cómo definirla? Precisamente, yo no hallo más definición de la belleza que ésta: *toda representación (Vorstellung) que nos suscita una sensación de placer, diversa de la satisfacción inme-*

diata del hambre y del amor. Se relaciona muy poco con el hambre, mucho con el amor, *indirectamente*, y *directamente* mucho más con la aspiración hacia un eterno perfeccionamiento, el sentimiento humano por excelencia.

CAPÍTULO XIX

Recíprocas relaciones de la Verdad, Bondad y Belleza.

La bondad y la belleza son dos abstracciones inventadas por la aspirabilidad humana.—Es decir, el hombre ha inventado la bondad y la belleza para perfeccionarse, en su impulso íntimo de perfeccionarse ilimitadamente... Como la verdad, la bondad y la belleza son dos exteriorizaciones inmediatas de la aspirabilidad humana, su última objetivación, su objetivación resultante es el progreso.

Ahora bien, si verdad, bondad y belleza son invenciones de la aspirabilidad humana, ¿en qué se diferencian entre sí? El vulgo no confunde jamás las condiciones de verdadero, bueno y bello; siempre sabe distinguir, y dice: «Esto es verdadero; aquéllo es bueno; aquéllo otro es bello».

La verdad es *la condición general de realidad*, de efectividad en lo físico; en lo moral, de sinceridad. La verdad moral absoluta es un derivado de la verdad física; pero si la verdad física es invariable, la verdad moral, como hemos visto, es variable. Luego si la verdad física puede ser absoluta, la moral no puede serlo sino en relación al sujeto, al medio y á la época.